

A painting of a woman's torso and arms, rendered in a soft, painterly style. The woman's skin is pale and smooth, with delicate shading. Her arms are crossed over her chest. To the left, there is a vibrant, textured red shape, possibly a piece of fabric or a flower. The background is a mix of light, warm tones, suggesting a draped fabric or a soft surface. The overall mood is intimate and sensual.

Karen Mack
Jennifer Kaufman

la
AMANTE
de
FREUD

¿Tuvo Sigmund Freud una relación secreta y prohibida con su cuñada? Una apasionante narración que humaniza al padre del psicoanálisis.

Sigmund Freud es considerado como una de las personalidades más influyentes del siglo XX; fundó el psicoanálisis y revolucionó la manera de entender la psicología, el sexo, los sueños y las relaciones humanas. En esta novela se nos revela la esfera íntima de este personaje, que sigue levantando pasiones contradictorias: sus vínculos familiares, los claroscuros de su carácter, sus obsesiones e inseguridades, su conducta como padre y esposo, pero sobre todo se desnuda uno de los misterios que ha generado más discusiones entre sus biógrafos. ¿Mantuvo en secreto un amorío con su cuñada Minna?

Karen Mack y Jennifer Kaufman realizaron una exhaustiva investigación en documentos, cartas y archivos, lo que les permite reconstruir con gran fidelidad el ambiente cotidiano del doctor Freud. Además de narrar con un estilo ameno los pormenores de su vida, las autoras nos sumergen en la Viena de aquellos años, sus costumbres, sus fiestas, las discusiones intelectuales y el clima donde florecieron varias de las ideas que siguen siendo determinantes en la actualidad.

1

Viena, 1895

La temporada de suicidios había comenzado.

La joven estaba sentada frente al escritorio, a un lado de la ventana. Remojó su pluma en la tinta negra, rasgaba el papel como la garra de un cuervo. El cielo lucía gris cenizo. Desde principios de noviembre el aire se sentía helado, implacable y el río Danubio estaba cubierto de pedazos de hielo por todo lo ancho. No tardaría en congelarse por completo hasta entrada la primavera. La semana pasada había leído en el *Salonblatt* sobre la muerte de una joven aristócrata que había saltado desde el puente Kronprinz-Rudolf montada en su corcel y ataviada con su vestido y velo de novia. La yegua majestuosa se había hundido como una piedra y la corriente había arrastrado el cuerpo de la mujer —vestido en satín blanco— a la orilla.

Nunca se imaginó que su vida se reduciría a esto: se encontraba a la merced de su hermana, pidiéndole ayuda. Terminó la carta al alba, cuando las campanas de San Esteban repiqueteaban por toda la ciudad. Selló el sobre y lo colocó en el buzón ubicado en la puerta de entrada. Recordaría este día. Era solo el principio.

Dos días antes

Llovía hielo. Sin embargo, la mujer que caminaba deprisa por la calle no llevaba abrigo ni sombrero. Cargaba un paquete envuelto en unas sábanas almidonadas y ásperas. La carga pesada le dificultaba el paso, por lo que se apoyaba más en una pierna que en otra. Mechones de cabello largo y mojado le cubrían la boca y los párpados. Se detenía cada determinado tiempo, cambiaba el peso del paquete de un brazo y un lado de la cadera al otro y aprovechaba para retirarse el rocío helado de la cara con la mano desnuda.

Atravesó la Ringstrasse —la avenida amplia y arbolada que rodeaba Viena—, dejó atrás una fila de enormes edificios residenciales cuyas fachadas proyectaban sombras brillantes en el adoquín. La tormenta empeoraba, se había convertido en un aguacero constante. Cegada por el agua, siguió adelante, cruzaba los charcos con sus mejores botas de piel. Atravesó el Schwarzenbergplatz, la frontera invisible entre la aristocracia y el resto de la población. A un par de metros de distancia, destacaba una hilera de casas opulentas con luces encendidas.

Había salido deprisa y no le había dado tiempo de subir por su abrigo y guantes de lana. Ahora lamentaba esa decisión tan precipitada. El frío le calaba los huesos. “Idiota”, se dijo. “Eché a perder mis botas”. Pausó su andar, abrió la reja ornamental de hierro de la residencia de la baronesa y rodeó el edificio para dirigirse a la entrada de la servidumbre. Tocó la campana nocturna y luego tocó la puerta con fuerza, maldecía y se balanceaba impaciente. “Abre la maldita puerta”. Una ráfaga de viento helado la desequilibró y le produjo un dolor leve y punzante en el costado. Se volvió a colocar la carga sobre el hombro, los dedos le palpitaron al aporrear la puerta.

Cuando la mucama nocturna por fin abrió, Minna entró furiosa. “No pudiste haber tardado más”, pensó, sin embargo le dio las buenas con tono indiferente y descendió por una escalera mal iluminada hacia la cocina en el sótano. Cuidadosamente colocó el paquete en un catre, cerca de

“la Bestia”, el enorme horno negro a un lado de la trascocina. Una niña frágil y adormilada emergió de las cobijas y se sentó en silencio mientras Minna acercaba el catre al horno, acomodaba el delgado colchón en su base y colocaba a la niña bajo de la luz de una exigua vela que alumbraba desde una repisa de madera.

—*Fräulein* Bernays, la llaman arriba. La señora lleva una hora buscándola —dijo la mucama nocturna mientras se ajustaba su gorro blanco almidonado—. Todos sufrimos con sus escapadas... —añadió, suspiró profundo y se agachó para limpiar una huella de lodo de las escaleras—. Le dije a la señora que había salido a caminar. No me creyó, insistió en que debió haber ido a algún lugar...

—Para su información, hemos estado haciendo gárgaras con ginebra. ¿Verdad, Flora?

—Sí, *Fräulein* —respondió Flora con una sonrisa débil—. Además fuimos al médico.

—La niña está delirante —dijo Minna—. Tápate, cariño, está helando aquí abajo.

Entraba una corriente de algún resquicio, deseaba ponerse ropa seca, además, le martillaba la cabeza. Metió la mano al bolsillo de su falda y tocó el empaque de papel de estraza que cubría la medicina. “Gracias a Dios sigue ahí”.

Temprano por la mañana, Minna había descubierto a Flora en un estado deplorable, intentaba hacer sus quehaceres pero tosía tan fuerte que se le doblaban las rodillas. Había sumergido a la miserable criatura —presa de un ataque de hipo y llanto— en agua fría para quitarle la fiebre. Por desgracia, nada parecía funcionar. La niña agonizaba: tenía las mejillas sonrosadas por la fiebre y la sudoración propia de la enfermedad empeoraba. No lo había podido soportar. La había arrojado y sin decirle a nadie, se la había llevado al médico.

—Me duele la garganta —se había quejado Flora, le faltaba el aire. Minna tocó la campana del consultorio médico.

—El doctor te va a cuidar —le había respondido con una convicción que no tenía—. Eres empleada de la baronesa y una muy importante.

Un hombre mayor había abierto la puerta secándose el bigote con una servilleta de tela. Minna había visto a una mujer sentada en la mesa del comedor del otro lado de la habitación y había percibido el aroma a carne cocida y vino.

—Doctor, mi patrona, la baronesa Wolff, desea que atienda de inmediato a esta criatura. Se encuentra sumamente preocupada por ella.

El doctor había dudado un instante mientras Minna se abría paso, comenzando a enunciar la letanía de los males que aquejaban a la criatura: fiebre, tos, náuseas, pérdida del apetito.

No había razón para poner en duda su autoridad. Incluso sin el abrigo y a pesar del fango en su ropa, era una mujer elegante: esbelta, de espalda recta, piel tersa y dicción perfecta. Además era una mentirosa muy convincente.

—¿Es posible que tenga fiebre escarlata? —le había preguntado al doctor cuando este la llevó a su oficina en la parte trasera de la casa.

—Una infección indefinida... —había concluido tras examinarla.

—Debe guardar reposo en cama por lo menos un mes... debe cambiarle las sábanas dos veces a la semana, dele píldoras para la garganta irritada y heroína de Bayer para la tos...

Si bien Minna había escuchado y asentido con la cabeza, sabía que sería imposible atender los consejos del doctor en casa. ¿Por qué había creído que se saldría con la suya? Sus días, noches, incluso sus domingos pertenecían a la baronesa. Su deber era cumplir con la voluntad de su patrona en todo momento, cualquier demora podía suponer un despido inmediato.

Al apoyar la mano en la frente pegajosa de Flora, recordó las indicaciones del médico.

—No me dejes —le pidió la niña, algo desorientada, su voz sonaba ronca y cansada. Aunque tenía diez años, aparentaba seis. Presintiendo su partida se aferró a su falda. Minna le dio dos cucharadas del jarabe pegajoso y dulzón y le susurró algo al oído. La niña se acostó de nuevo y volteó la cara a la pared.

La sirvienta nocturna escudriñó a Minna mientras esta aseguraba un par de mechones húmedos en su chongo, limpiaba con énfasis los tacones de sus botas con un trapo y salía de la cocina sin decir nada. Subió las escaleras angostas, atravesó el vestíbulo de piso de mármol y caminó por un pasillo abovedado iluminado por varias luces eléctricas importadas. Se detuvo un instante en el umbral de la sala de estar carmesí, recobró el aliento y tocó la puerta con delicadeza.

—Adelante —anunció una voz.

El santuario de la baronesa tenía el aspecto de una habitación que nadie visitaba nunca: sillas y sillones suntuosos y pesados, recubiertos con tapiz de Damasco, pantallas de lámparas decoradas con vitrales, alfombras persas y una colección de porcelana en la que figuraban perros pug, poodles y aves exóticas. Tenía un tazón con azucenas en una mesita de sala taraceada y, en una esquina cerca de la ventana, un escritorio con una bandeja de plata llena de pastelillos para el té y sándwiches blancos como la nieve. Minna aparentaba estar tranquila. Sin embargo, estaba sonrojada y el corazón le latía muy rápido, como si acabara de romper un jarrón valioso. Por si fuera poco, el aroma de los pastelillos le recordó que no había comido nada en todo el día.

—Buenas noches, baronesa.

—Los demás están hablando de ti —le respondió la mujer abruptamente con una voz aguda y delicada. Llevaba puesto su vestido con el corsé que la torturaba con perversidad. Examinaba a Minna desde su asiento con una mirada

capaz de despellejar a un conejo—. ¿Quieres saber lo que dicen? Hablan de tus peculiaridades: de tus lecturas constantes, tus escapadas y demás. Eso lo tolero a pesar de los extraordinarios inconvenientes que me causa. Todo lo cual he procurado ignorar. Llegas tarde, ¿en dónde has estado?

—Fui al boticario. Flora está enferma —dijo.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —respondió la baronesa. Le hizo señas para que se sentara frente a ella. Minna dudó. Su falda aún estaba húmeda y ensuciaría la delicada tela del sillón. Tomó asiento con cuidado en el borde, hizo a un lado un cojín de seda.

—Al fin y al cabo no soy un monstruo. La semana pasada le pedí a Cook que le diera a la criatura dosis diarias de alcanfor.

Sería el primer gesto decente que mostraba la baronesa hacia ella, pensó Minna. Para desgracia de Flora, la habían contratado en el campo para que trabajara como sirvienta general en la gran residencia barroca. Incluso desde su llegada, la niña lucía delgada y pálida, demasiado frágil para ese tipo de trabajo. Su pelo era del color de la paja y sus ojos color jerez. Pasaba la mayor parte del día en el sótano, ahogada en densas nubes negras y humo. Sus labores incluían limpiar la caldera, las chimeneas, los retretes y lavar cazuelas. Minna la había descubierto varias noches llorando hasta quedarse dormida.

—El alcanfor es inútil, necesitaba...

La baronesa interrumpió a Minna levantando el dedo a manera de advertencia.

—Yo decido cuando mis empleados necesitan medicamentos. Por cierto, cuando la semana pasada tuve la garganta irritada, no recuerdo que hayas ido corriendo al boticario para ayudarme.

Se produjo una pausa tensa. La baronesa la aprovechó para ajustar los cojines con flequillos en su sillón emperador.

—Debo decir que nunca he tenido suerte con ustedes. Rara vez contrato a alguien proveniente del Segundo Distrito, como estabas tan bien recomendada...

Minna no la contradijo. Nunca había vivido en el Segundo Distrito (Leopoldstadt), en donde residía la mayoría de judíos vieneses de clase media. Sin embargo, había percibido cierto aire antisemita en más de una ocasión. De niña, a veces se vengaba de los compañeros que la insultaban con afán prejuicioso. En una ocasión, había golpeado a un niño con tanta fuerza que le sangró la nariz. Con la edad, había decidido que lo mejor era ignorarlos, aunque seguía sintiendo escalofrío en la nuca cada vez que se enfrentaba a ello.

—Le garantizo que mi única preocupación es la niña —aseguró con voz débil, pero firme.

—Tu preocupación debería ser tu trabajo. Eres una dama de compañía. Y hasta donde tengo entendido, no tienes conocimientos médicos.

—Desde luego que sí. Fui empleada de un doctor en Inngolstadt.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó la baronesa escéptica.

—Doctor Frankenstein —respondió en tono alegre.

La baronesa la miró sorprendida y sonrió con picardía cuando comprendió la broma. Se puso de pie y caminó hacia la chimenea; tomó su canasta de costura.

—Minna —prosiguió en tono conciliatorio—, debes disculparte para olvidarnos del tema.

—Me disculpo —respondió en seguida, sin arrepentirse.

—Acepto tus disculpas —dijo—. En cualquier caso, la niña nunca ha estado del todo bien. Es débil y tísica.

La baronesa se miró al espejo ubicado encima de la repisa de la chimenea y se tocó el elaborado peinado alto.

—¿Qué opinas de este peinado? Es igual al de Clara. Lo llevó al Palacio Imperial la semana pasada.

—Le queda bien —respondió Minna. Se preguntaba si existía alguien en la faz de la Tierra capaz de mantener el semblante serio al ver ese ridículo tupé abombado.

—Excelente, lo conservaré por el momento —hizo un gesto displicente con la mano y se acomodó en el sillón con su bordado en el regazo.

La luz se disipaba y las sombras oscurecían la habitación. Sonidos distantes de los cascos de los caballos y las ruedas de los carruajes al transitar por el adoquín entraban por las oscilantes y pesadas cortinas; de vez en cuando, la voz de alguno de los sirvientes producía eco en los pasillos. Las manos blancas y suaves de la baronesa avanzaban con presteza; estaba concentrada en la escena pastoral que bordaba en el lino: vegetación en tonos verdes pálidos, un exuberante cielo lavanda y un pastor cuidando a su rebaño.

Minna subió los dos niveles de escaleras para llegar a su habitación. A medida que lo hacía, se iba despojando de la falda de muselina empapada, el fondo de franela, las medias de lana y desabrochándose los veinte botones de su blusa de algodón blanca. Su opresivo corsé le apretaba las costillas; al desamarrarlo, exhaló aliviada y lo dejó caer al suelo. Necesitaba secarse. Comenzaba a oler a perro mojado. La habitación estaba oscura, al igual que su estado de ánimo; las paredes tenían un tono enfermizo verde arsénico. Se puso su camisón y llevó una vela al tocador, su sombra la seguía.

Echó la cabeza hacia atrás. Se empezó a cepillar el pelo cobrizo y espeso y a recogerlo con peinetas. En su juventud había sido consciente de la abundancia de su pelo y de su figura delgada y alta. Sin embargo, con el paso de los años había perdido la vanidad. Si bien era cierto que los ángulos finos de su cara y cuello aún destacaban, incluso bajo la luz de la vela, distinguía delicadas líneas de expresión alrededor de los ojos.

Nunca se habría imaginado que a estas alturas de su vida, casi con treinta años, permanecería de pie y en silencio

ante una mujer menor que ella mientras esta la regañaba y dejaba que una pobre criatura muriera como un perro. Minna estaría casada como su hermana Martha si la vida hubiera sido distinta; si su padre no hubiera perdido su fortuna y no se hubiera muerto en plena calle; si su prometido no hubiera muerto. Si, si, si...

No tenía sentido meditarlo. Durante años se las había arreglado sola. Nadie en su familia contaba con los medios para mantenerla. Martha tenía una familia cada vez más numerosa y su hermano Eli estaba casado y se había mudado, de manera que había tenido que recurrir a las únicas alternativas que le quedaban: dama de compañía o institutriz. Tenía que salir adelante por su cuenta y parecía que pronto volvería a desplazarse.

Se cubrió los hombros con su chal, abrazó su cuerpo y presionó los dedos en los brazos. Estaba cansada. Además le dolía el cuello. Se dirigió al balcón y miró por la ventana hacia el norte.

Le caería bien un trago de ginebra, aunque se conformaría con un cigarro. Prendió uno de los delgados cigarros turcos que guardaba en el cajón inferior de su tocador. La tormenta se había apaciguado y le había dado paso a un cielo gris plomizo. Inhaló profundo.

Con frecuencia, por las noches, cuando terminaba sus labores, Minna leía hasta que la vela se ahogaba en un charco de grasa. Destinaba una parte considerable de su salario a comprar libros. No las novelas que retrataban a la aristocracia, aquellas que giraban en torno a sirvientas que fornicaban en el ático y patronos lujuriosos con miradas lascivas. Tampoco las memorias eternas y aburridas (libros que conservaría para cuando perdiera la vista). No, prefería los libros voluminosos, leer con dificultad *La Revolución Francesa* de Thomas Carlyle, que era mucho mejor que *Historia de la conquista normanda en Inglaterra*, de Edward Freeman, aunque no del todo revelador. Se le dificultaban pasajes complejos de *El origen de las especies* de Darwin, así

como obras de Heráclito y Parménides, las cuales debatían cuestiones sobre la existencia.

Por otro lado estaba Aristóteles, a quien había hecho a un lado luego de descubrir que consideraba que las mujeres eran una de las deformidades de la naturaleza: "hombres incompletos". Había vendido ese volumen sin ningún arrepentimiento. Platón tampoco era cabal en ese tema, insistía en que las mujeres eran menos completas que los hombres. Ahora bien, tampoco descartaría a todos los filósofos en virtud de sus convicciones cerradas. Al fin y al cabo, para Nietzsche, a quien adoraba, las mujeres eran meras posesiones, propiedades destinadas a prestar servicios. Y Rousseau creía que el papel de la mujer era ante todo complacer al hombre. Pensándolo bien, el panorama era desalentador.

En cambio, en la literatura nada la irritaba. Por el contrario, era el antídoto perfecto para el aburrimiento, el temor y la soledad. Se inclinaba por *Las desventuras del joven Werther* de Goethe y *Enrique VI* de Shakespeare (la segunda, no la primera parte pues esta era, en su opinión, un tratado histórico y uno de los dramas más flojos de Shakespeare). Si se trataba de mero entretenimiento, recurría al *thriller* gótico de Mary Shelley, *Frankenstein*, el cual había consumido en una sentada. Disfrutaba en igual medida a ese autor vienés avant-garde llamado Schnitzler, quien había renunciado a la medicina para escribir obras sobre héroes aristócratas y sus aventuras adúlteras. No eran irónicas ni moralizantes, sino estudios francos y estoicos sobre el fenómeno de la pasión. Nunca había leído nada igual. Se trataba de un gusto adquirido, como las aceitunas, el caviar o Klimt. Por desgracia esta no era una noche para perderse en la ginebra, el tabaco y la bibliomanía.

Se puso las botas debajo del camisón, no se molestó en amarrar la fastidiosa cantidad de botones, y descendió al pequeño rincón claustrofóbico de Flora. La niña estaba enroscada en el catre, aferrada a su muñeca de trapo.

Si bien solía sentarse con ella para contarle cuentos, en esta ocasión Flora no estaba de humor. Quería lo que toda criatura de su edad: a su madre e ir a casa. Minna se sentó a su lado y la tomó en su brazos. Flora se acurrucó y recargó la mejilla en su pecho. Le acarició el pelo con delicadeza y tarareó en voz baja hasta que parpadeó y cerró los ojos. Minna suspiró aliviada cuando la niña por fin se quedó dormida.

A la mañana siguiente, la baronesa recibió una nota de su doctor; le preguntaba por la salud de la niña y explicaba que las consultas fuera de las horas de trabajo tenían un costo adicional.

—Estás despedida —la baronesa le dijo con un gesto petulante, desvió la mirada al informarle que confiscaría su paga. Faltó el ambiente desagradable característico en una escena protagonizada por un patrón furioso y un empleado impenitente. Minna acató las merecidas acusaciones sin protestas vehementes. No tendría sentido. Sobre todo en virtud de lo que pensaba hacer.

Cerca de una hora después, cuando la baronesa había salido, Minna empacó sus pertenencias y las dejó en la entrada de la servidumbre. Más tarde le informó a los empleados que a ella y a Flora las habían “dejado ir” y se llevó a la niña agonizante a la estación de tren de Wien Westbahnhof. La enviaría a casa.

Flora provenía de un pueblo pequeño a las afueras de Linz, en donde los inviernos eran largos y la gente tenía trabajos miserables en herrerías, minas o fábricas. La vida de Flora se regía por la tragedia y las carencias: una de sus hermanas había muerto de difteria, uno de sus hermanos estaba en la cárcel y nadie sabía nada del padre, un obrero que había desaparecido hacía tiempo. Sin embargo, Flora adoraba a su madre. Una noche le había contado a Minna que su pelo era “dorado, como el de un hada”.

Minna abrazó el diminuto cuerpo de la niña y permanecieron así en la plataforma, medio congeladas, observando

a los viajeros reunidos en la puerta de embarque: mujeres en abrigos con cuellos de piel bordados y maletas elegantes, niños con cabello rizado y abrigos cálidos. La niña parecía tranquila, aliviada.

Cuando el tren llegó, Minna y Flora pasaron frente a los porteros uniformados que se ubicaban de pie frente a los vagones de primera clase, compuestos de espacios ornamentados y luces eléctricas. Minna la ayudó a subirse al vagón de tercera clase, la acomodó en los duros asientos de madera, en medio de dos matronas, una de las cuales cargaba a un bebé dormido en el regazo.

Al despedirse de Flora con un beso en la mejilla, quería pedirle que no volviera. Le dio un par de coronas a una de las matronas para que se asegurara de que la niña llegaría a su casa. Sabía que en unos meses Flora iría a trabajar a otro sitio. Era su destino. Sintió una mezcla visceral de arrepentimiento y nostalgia. Por lo menos le hubiera gustado saber que la liberaba.

Minna se quedó en la plataforma vacía mientras el tren partía; fue entonces que comprendió la severidad de su situación. Sin duda la baronesa no le escribiría ninguna carta de recomendación. Por desgracia no tenía dinero, tampoco ninguna certeza de conseguir un trabajo. Se subió a un ómnibus y transitó por las calles empedradas y desordenadas, intentando ignorar el pánico que se acumulaba en su interior. Empezaba a darse cuenta de que nunca encontraría el puesto perfecto. Se sentía exhausta de aferrarse a la idea de estar a un paso de la felicidad.

Se hospedó en una pensión modesta cerca del Danubio para descansar, pero era incapaz de conciliar el sueño. Las horas transcurrieron, dormitó, leyó, caminó. Las manecillas del reloj en el tocador avanzaban a todo volumen. Decidió sentarse a escribirle a su hermana. No tenía a nadie más. Ni siquiera a su madre, que apenas subsistía con su pensión de viuda. Una vez más se enfrentaba a otro fracaso.

La habían despedido varias veces y había renunciado unas cuantas más. Con cada revés, se convencía de que no había problema, le gustaba su independencia, su libertad, sentarse en el café a leer y conversar. Y con cada revés, su hermana le ayudaba por lástima y le daba unas palmaditas en el brazo para consolarla.

—Pobre Minna. Sabes que nunca descansas cuando trabajas para esa gente...

Quería bañarse y cambiarse de ropa, por desgracia, sus maletas seguían en la casa de la baronesa. A estas alturas no dudaba que estuvieran arrumbadas en un callejón. Tan pronto llegara el portero de día, le pediría que fuera por ellas. Terminó la carta para su hermana y la selló. Durante años, Martha le había sugerido que su esposo, Sigmund, no estaba en condiciones de mantener a otra persona en la casa. Ahora, según ella, las cosas habían cambiado. Sus consultas habían mejorado, tenía más pacientes. Habían tenido a su sexto hijo. Mathilde, Martin, Oliver, Ernst, Sophie y ahora Anna. Quizá la necesitaban.

Minna deseó que Sigmund no se opusiera a hospedarla. Su relación había sido siempre cordial. No, más que cordial. En años recientes, habían mantenido correspondencia a propósito de temas de interés para ambos: política, literatura y el trabajo científico de él.

Cerró los ojos e imaginó que Martha abriría la carta y enviaría por ella de inmediato. Retuvo esa imagen en su mente. Nunca había dependido de sus parientes y ahora sentía el inmenso alivio que le brindaba la ignorancia.